

Homilía del Arzobispo de Oviedo en la fiesta de la Merced

Centro Penitenciario de Villabona, 24 de Septiembre de 2001

Hace unos meses la imagen de la Santina vino a visitaros a la prisión. Aquella visita conmovió profundamente vuestros corazones. La Virgen María os ama y una prueba de su amor fue lo que interiormente os comunicó hablando personalmente con cada uno de vosotros.

María siempre nos habla al corazón y nos dirige hacia su Hijo, Jesucristo. Quiere que abramos a Cristo nuestro corazón recibéndole como al único Salvador; que nos fiemos de él cuando estamos sumidos en la mayor desesperación, porque Jesús siempre está a nuestro lado. Se hizo hombre y murió en la cruz para redimirnos del pecado y resucitó y es cabeza de la Iglesia para vivir cercano a nosotros y conducirnos a la vida eterna. Jesús se presentó un día en Nazaret su pueblo y entrando en la sinagoga explicó un texto del profeta Isaías refiriéndolo al sentido de su misión. Esta profecía, dijo a sus paisanos, se cumple hoy en mí. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.” (Lc 4, 16-19)

La liberación realizada por Cristo se dirige a todos, porque también los que estamos fuera de la prisión necesitamos ser liberados de todo cuanto nos impide conocer la verdad de Dios, la verdad de nuestra vida temporal, y la fuerza para romper las ataduras que nos impiden caminar por el camino de nuestra felicidad.

La liberación de Cristo tiene varios modos de realizarse que podemos sintetizar en tres palabras: solidaridad, esperanza y entrega a los demás.

La solidaridad implica identificarse con los que sufren, ponerse en su piel para poder comprenderlos y estar a su lado. Jesús dijo hablando del examen sobre el amor que nos harán en el juicio final: “Estuve preso y me visitasteis.” (Mt 25) Nadie puede ser solidario si no se acerca a los hermanos que sufren. Cristo al identificarse con los encarcelados nos está enseñando que la persona del preso conserva su dignidad, aunque se sienta por el momento privado de la libertad. Los sacerdotes, las religiosas y los seglares cristianos, que habitualmente os tratan en la prisión, ejercen con vosotros el reconocimiento de vuestra dignidad de personas en nombre de la Iglesia. Este sentido tiene que el arzobispo venga hoy a concelebrar esta Misa y a compartirla con vosotros. Aquí nos encontramos con Cristo, que comparte también vuestras penas y vuestras esperanzas.

La esperanza es signo de libertad interior. La esperanza más valiosa para un cristiano nace de la certeza de que Dios nos quiere. La tentación de renegar de Dios es grande cuando sufrimos. No obstante, la falta de apoyo humano nos conduce fácilmente a no poner nuestra confianza en nadie si no es en Dios, que siempre está a nuestro lado y hace renacer en lo más íntimo de nuestro ser la seguridad de que nuestra vida tiene sentido, de que por encima de la tribulación podemos asirnos a un punto de apoyo firme, a Cristo, nuestra salvación y liberación.

Con la esperanza que Dios nos infunde tenemos que ganar la batalla de nuestra libertad interior, que es fuente de gozo y de alegría. En esta lucha interior estamos todos los creyentes a lo largo de nuestra vida. No dejaremos que las dificultades nos aplasten, si nos apoyamos en la certeza de que el Señor está a nuestro lado.

Compartir lo que tenemos. El que se siente solidario y mantiene viva su esperanza está dispuesto a compartir lo que tiene con los demás. Es una manera muy clara de ejercer la libertad interior. La entrega a los demás es el fruto del amor fraterno. Y el amor, como la verdad, siempre nos hace libres.

Nadie es más libre que quien se sacrifica por los otros, más pobres y afligidos, olvidándose de sí mismo. “El que quiera salvar su vida la perderá y el que la pierda por mí (por darse a los demás), la encontrará.” (Cfr. Mt 16, 25) ¡Paradoja de las enseñanzas de Cristo! No es más libre el que más bienes posee, sino el que los comparte con los hermanos.

¡Hermanos y hermanas en el Señor!: la Santísima Virgen María de La Merced nos trae hoy esta llamada a la libertad en Cristo: a la solidaridad, a la esperanza y al amor fraterno. Es una llamada a ser libres con la libertad de los hijos de Dios.

Que ella os bendiga a cuantos estáis aquí privados por el momento de la libertad y os ayude a proyectar vuestra vida en el futuro.

Que María bendiga a cuantas personas hoy no acompañan y de manera especial a quienes aquí trabajan profesionalmente y a cuantos se ofrecen para ayudaros de manera voluntaria como brazo largo de la Iglesia.

Que María en esta Año Santo que celebramos en Asturias os bendiga con su Hijo, nuestro liberador y salvador. Amén.

